

## **Democratización de la inteligencia artificial parcial como una solución**

**Alejandro Gutiérrez Chaves**

**José Miguel Gonzales Barrantes**

**Miguel Andrés Cubero Valverde**

A lo largo de las últimas décadas, hemos sido testigos de una transformación tecnológica que no solo ha cambiado nuestra manera de interactuar con el mundo, sino también nuestra forma de pensar, de comunicarnos y de soñar con el futuro. Desde la irrupción de Internet hasta la omnipresencia de dispositivos inteligentes, la innovación ha marcado un antes y un después en nuestras vidas cotidianas. En medio de este torrente de avances, la IA ha emergido como una de las fuerzas más influyentes y, a la vez, más desconcertantes de nuestra era.

Aunque sus bases teóricas se remontan a mediados del siglo XX, el verdadero impacto de la IA se ha sentido en los últimos años. Lo que alguna vez fue territorio exclusivo de laboratorios y grandes corporaciones, ahora comienza a permear espacios más amplios de la sociedad. Y eso, sin duda, es fascinante. Pero también es inquietante. Porque junto con el entusiasmo, crece la pregunta: ¿quién decide cómo se usa esta tecnología? ¿Y con qué fines?

Gracias al aumento del poder computacional, al acceso casi ilimitado a datos y a la filosofía del código abierto, la IA se ha convertido en una herramienta que muchas más personas pueden explorar. Como señala Flores, N. (2023): “La IA ha penetrado profundamente en nuestras vidas, desde nuestros teléfonos inteligentes hasta la infraestructura de las ciudades. Su influencia es evidente en la automatización de procesos, la toma de decisiones informadas y la capacidad de aprender y mejorar con el tiempo.”

Es precisamente en este contexto de creciente influencia donde surge una inquietud ética fundamental: la necesidad de democratizar la inteligencia artificial. No se trata solo de una cuestión de acceso técnico, sino de una aspiración social. Democratizar la IA significa abrir espacios para la participación colectiva, para que no sean siempre los mismos, los grandes poderes económicos o estatales, quienes definan el rumbo de esta tecnología. Significa, también, fomentar una innovación más diversa y reducir la brecha entre quienes tienen el control del futuro y quienes apenas lo observan desde la distancia.

Este artículo propone una reflexión profunda sobre cómo la democratización de la inteligencia artificial podría convertirse no solo en una opción, sino en una necesidad urgente si aspiramos a construir una sociedad más equitativa, ética y humana. Porque, aunque a simple vista la IA parece ser una aliada útil en lo cotidiano, su papel va mucho más allá. Está presente en lugares inesperados, tomando decisiones que antes nos pertenecían y eso, debería importarnos. Algunas de las áreas donde se aplica la inteligencia artificial en el día a día según el Parlamento Europeo (2020) son:

**Compras por internet y publicidad:** La inteligencia artificial se usa mucho para crear recomendaciones personalizadas para los consumidores, basadas, por ejemplo, en sus búsquedas y compras previas o en otros comportamientos en línea. La IA es muy importante en el comercio, para optimizar los productos, planear el inventario, procesos logísticos, etc.

**Búsquedas en la web:** Los motores de búsqueda aprenden de la gran cantidad de datos que proporcionan sus usuarios para ofrecer resultados de búsqueda relevantes.

**Asistentes personales digitales:** Los teléfonos móviles smartphones usan la IA para un producto lo más relevante y personalizado posible. El uso de los asistentes virtuales que responden a preguntas, dan recomendaciones y ayudan a organizar las rutinas de sus propietarios se ha generalizado.

**Transporte:** La inteligencia artificial podría mejorar la seguridad, velocidad y eficiencia del tráfico ferroviario al minimizar la fricción de las ruedas, maximizar la velocidad y permitir la conducción autónoma.

**Administración pública y servicios:** Al usar enormes cantidades de datos y reconocer patrones, la IA podría prever desastres naturales, permitir una preparación adecuada y reducir sus consecuencias.

Es aquí donde, si reflexionamos con mayor profundidad, podemos notar que la gran e importante presencia de la inteligencia artificial en nuestras vidas no solo nos brinda flexibilidad e incluso cierto empoderamiento, sino que también puede convertirse en un mecanismo de control social, tomando en consideración que no se abordaron todas las áreas donde es usada la

IA. No se trata únicamente de su presencia en todas partes, sino del hecho de que, en muchos casos, ni siquiera se nos informa cuándo, cómo y por qué un sistema utiliza inteligencia artificial. Muchas empresas asumen que los consumidores ya deberían estar "acostumbrados" a este fenómeno, especialmente en el contexto de la actual revolución de la IA.

Esta normalización ha llevado a que muchas personas acepten sin cuestionar el uso de la IA en su día a día, mientras que otros han decidido rechazar estas tecnologías o buscar alternativas desarrolladas por empresas o países con enfoques diferentes. Como señala Gutiérrez. C (s.f.), aunque la IA es vista como una herramienta autónoma, en realidad es producto de las decisiones tomadas por aquellos que la desarrollan y regulan. Los peligros asociados a la IA no provienen de la tecnología en sí, sino de cómo las personas y los grupos con poder la manejan, pudiendo usarla en su propio beneficio, lo que podría generar consecuencias perjudiciales para la sociedad.

La falta de transparencia en su desarrollo y el control de unas pocas empresas sobre su implementación agravan esta situación. Este panorama pone de manifiesto una estructura de poder que favorece a unos pocos actores dominantes, generando desigualdad en los beneficios derivados de la IA. De esta manera, Gutiérrez. C (s.f.) sostiene que el control centralizado de las tecnologías es un reflejo del tecno-feudalismo, un sistema donde el poder y el control de los recursos tecnológicos están concentrados en manos de unos pocos, mientras la mayoría se ve subyugada a estas decisiones.

Para hablar de este último concepto, es necesario hablar sobre el sistema llamado feudalismo que poseían las sociedades medievales europeas de los siglos X al XIII, en el que se establecía una jerarquía social basada en el control administrativo local y la distribución de la tierra en unidades denominadas feudos. Un terrateniente o también llamado señor, entregaba un feudo, junto con una promesa de protección militar y legal, a cambio de un pago de algún tipo por parte de la persona que lo recibía, en este caso el vasallo (Cartwright, 2018).

Este sistema de dependencia y dominio ha renacido en la era digital. Volviendo al concepto de *tecno-feudalismo*, Seijas N. (2024) lo define como:

El tecno-feudalismo es una teoría que expone un sistema postcapitalista dividido como la sociedad feudal de la Edad Media. Llevado a la actualidad, los señores feudales, que en el Medievo eran propietarios de las tierras, ahora son los dueños de las grandes empresas tecnológicas. Del mismo modo, los siervos, que antiguamente trabajaban las tierras a cambio de protección, ahora son los usuarios que ofrecen sus datos a cambio del acceso a las plataformas. Esta jerarquía crea una relación de dependencia en la que los señores feudales, como en el Medievo, ejercen un poder económico, político y social.

Bajo esta lógica, asistimos a una preocupante concentración de poder en manos de unas pocas corporaciones tecnológicas que, al controlar los datos y las infraestructuras digitales, se erigen como las nuevas élites del siglo XXI. Ya no son solo empresas: son arquitectas de las realidades que habitamos en línea. Desde nuestra perspectiva, esta situación no solo desafía el principio básico de equidad en el acceso a la tecnología, sino que también socava silenciosamente nuestra autonomía como individuos.

Frente a este panorama, la democratización de la inteligencia artificial se plantea como una posible solución para redistribuir el acceso y la toma de decisiones en torno a esta tecnología. Hay que asegurar que más sectores de la sociedad puedan influir en su evolución y uso ético es clave para evitar un futuro en el que el control de la IA quede en manos de unos pocos actores con intereses que solo los benefician a sí mismos. En esta línea, Vela. C (2021) profundiza en el análisis del tecno-feudalismo al señalar que "la clave del actual orden económico está en la renta monopolista de la firma hegemónica digital, como parte del valor global producido". El autor advierte que las grandes corporaciones tecnológicas no necesariamente generan valor por sí mismas, sino que su modelo de negocio se basa en la apropiación y extracción de rentas del valor producido por otros actores en la cadena productiva.

Esta dinámica tecno-feudalista, según Vela. C (2021) genera relaciones de creciente dependencia entre consumidores, suministradores y pequeñas empresas respecto a los gigantes tecnológicos. Las plataformas digitales y su control sobre la inteligencia artificial representan una manifestación del capitalismo en crisis que requiere intervenciones estructurales urgentes. Por tanto, la democratización tecnológica no es solo una aspiración ética, sino una necesidad

práctica que demanda cambios regulatorios y políticos profundos para contrarrestar los mecanismos de captura y dependencia que caracterizan al emergente tecnofeudalismo digital. Sin embargo, lograr una democratización real de la IA no es un proceso sencillo. En muchos países, los cambios tecnológicos avanzan a un ritmo muy diferente al de los procesos políticos y regulatorios. Un ejemplo claro de esta disparidad es la evolución democrática costarricense, que se caracteriza por su lentitud en la implementación de cambios legislativos. Según Madrigal (2019), hay proyectos de ley que, pese a haber sido aprobados, han tardado hasta 313 días calendario en ser publicados en el diario La Gaceta, lo que equivale prácticamente a un año natural. Este ritmo pausado refleja la burocracia y los desafíos institucionales que enfrenta el país para la implementación de cambios.

En contraste, la evolución de la inteligencia artificial (IA) avanza a una velocidad exponencial, con mejoras constantes tanto en software como en hardware. A diferencia del sistema político, donde las transformaciones pueden tardar años en concretarse, la IA evoluciona en cuestión de días o incluso horas. Sin embargo, más allá de los debates sobre su regulación legal en temas como la suplantación de identidad o la privacidad, hay dos aspectos críticos que deben abordarse con urgencia: la creación de modelos de IA no sesgados y el acceso mínimo garantizado para toda la población.

Los modelos de IA pueden estar sesgados cuando los datos con los que son entrenados reflejan prejuicios históricos o desigualdades sociales, lo que puede perpetuar discriminación en ámbitos como la contratación laboral, la concesión de créditos o el sistema judicial (Barocas, Hardt & Narayanan, 2019). Un ejemplo claro de este problema se observó en sistemas de IA utilizados por grandes empresas tecnológicas, donde algoritmos entrenados con datos sesgados favorecían a ciertos grupos en detrimento de otros. Para evitar estas distorsiones, es imprescindible diseñar sistemas con transparencia, auditoría pública y una representación equitativa de datos. La IA debe ser una herramienta que potencie la equidad, no que refuerce las desigualdades existentes.

Por otro lado, la inteligencia artificial no puede ni debe concebirse solo como una sofisticación técnica reservada para quienes tienen los medios para pagarla. Pensar la IA como

un privilegio y no como un derecho es, en sí mismo, una forma de perpetuar las desigualdades. Así como en su momento comprendimos la urgencia de que el acceso a internet fuera universal, hoy deberíamos sentir la misma responsabilidad colectiva con la inteligencia artificial. En un mundo cada vez más atravesado por algoritmos, dejar a alguien fuera de este ecosistema equivale a marginarlo de oportunidades, decisiones y hasta de su propio futuro.

Es cierto que algunas plataformas de IA ya ofrecen versiones gratuitas, pero esas opciones suelen ser fragmentadas, limitadas o incluso inestables. Mientras tanto, los modelos más robustos y capaces continúan en manos de quienes pueden invertir en ellos. Esta situación no solo perpetúa la brecha digital: la profundiza. Desde una mirada ética y humana, creo que garantizar un acceso mínimo gratuito a modelos de IA no es un lujo, sino una necesidad urgente. Es una apuesta por una sociedad donde el conocimiento, la creatividad y la innovación no estén condicionados por la capacidad de pago.

En este contexto, la pregunta central no debería centrarse únicamente en cómo regular la IA para evitar sus peligros —aunque eso es, sin duda, importante—, sino también en cómo construir un ecosistema verdaderamente equitativo, accesible y libre de sesgos estructurales. Así como el internet democratizó el acceso a la información, la inteligencia artificial puede convertirse en una herramienta transformadora para nuestras comunidades. Pero para que esa transformación sea genuinamente inclusiva, debemos asumir un compromiso activo: que nadie quede rezagado por su contexto, su origen o sus posibilidades económicas. Porque el futuro —si es que ha de ser justo— debe construirse con todos y para todos.

En conclusión, para evitar caer en un nuevo tecno feudalismo donde el poder digital quede en manos de unas pocas corporaciones, es fundamental democratizar la inteligencia artificial mediante regulaciones, modelos de código abierto y mayor transparencia en su desarrollo. La concentración tecnológica no solo amenaza la equidad económica, sino que también refuerza sesgos y limita la innovación. Solo con un acceso más equitativo a la IA y una gobernanza responsable podremos garantizar que esta revolución tecnológica beneficie a la sociedad en su conjunto, en lugar de profundizar desigualdades existentes.

## **Referencias**

Barocas, S., Hardt, M., & Narayanan, A. (2019). *Fairness and machine learning: Limitations and opportunities*. fairmlbook.org. <https://fairmlbook.org>

Cartwright, M. (2018) *Feudalism*. World History Encyclopedia. <https://www.worldhistory.org/Feudalism/>

Flores, N. (2023). *El impacto de la inteligencia artificial en la actualidad*. Blog Maestrías y Diplomados. Recuperado de <https://blog.maestriasydiplomados.tec.mx/el-impacto-de-la-inteligencia-artificial-en-la-actualidad>

Gutiérrez, C. (s.f.). *Temores sobre la IA y las tecnologías*. Comunicaciones DCC. Recuperado de <https://comunicaciones.dcc.uchile.cl/news/763-columna-de-opinion-temores-sobre-la-ia-y-las-tecnologias/>

Madrigal, L. M. (2019, 4 de abril). *Leyes aprobadas por los diputados tardan hasta 313 días en ser publicadas*. Delfino.cr. <https://delfino.cr/2019/04/leyes-aprobadas-por-los-diputados-tardan-hasta-270-dias-en-ser-publicadas>

Parlamento Europeo. (2020, 27 de agosto). *¿Qué es la inteligencia artificial y cómo se usa?* Parlamento Europeo. <https://www.europarl.europa.eu/topics/es/article/20200827STO85804/que-es-la-inteligencia-artificial-y-como-se-usa>

Seijas, N. (2024). *¿Qué es el tecnofeudalismo?* El Orden Mundial. Recuperado de <https://elordenmundial.com/que-es-tecnofeudalismo/>

Vela, C. (2021). *Tecnofeudalismo*. El Salto. Recuperado de <https://www.elsaltodiario.com/opinion/tecnofeudalismo>

